LO ÚLTIMO DEL LEGULEYO SABUESO:

EL CASO DEL PATRIARCA SACRIFICADOR

Autora: Carmen del Río Pereda

El caso del patriarca sacrificador

El juez Rison se sentía contento. Empezó sintiéndose aliviado y ahora se sentía ya casi eufórico o ¿por qué "casi"? No. Se sentía eufórico total.

Había llegado a la vista sombrío, temiendo que fuese éste uno de esos casos truculentos, supersticiosos e irracionales, que era lo que prometía: un viejo dispuesto a degollar en sacrificio a su hijo adolescente por orden de Dios. Lo único que le hacían llevaderas esas aprensiones era que el abogado de la defensa, el famoso "leguleyo sabueso", seguramente daría una buena exhibición para demostrar que el viejo, su defendido, no era truculento. A ver si ganaba porque, si no, el mal cuerpo que se le iba a poner le iba a estropear la partida de ajedrez con Kasparov que tenía prevista para esa tarde. Y anda que no había tenido que hacer malabarismos y tapujos para conseguirla. Y con el asesoramiento gratis que le sonsacaría el ajedrecista a cuenta de la partida, pues al menos se sentía en paz con que él también ofrecía una contrapartida.

Y lo cierto es que el juicio sí que empezó con ese son truculento:

-La acusación demostrará que el reo, mientras se ocupaba del ganado, había comentado donde pudieron oírlo otros ganaderos que Dios le había ordenado sacrificar a su hijo; que varios vecinos, en el día de autos y con su esposa ausente, lo vieron y oyeron a través del seto que cercaba su casa coger al muchacho, hablarle de la orden que le había dado Dios y convencerlo para que se dejase degollar y que le hizo postrarse y poner la frente en el suelo e hizo también ademán de degollarlo pero que, cuando iba a descargar el golpe de gracia, se dio cuenta de que no tenía cuchillo y él y el muchacho se dirigieron al interior de la casa a hacerse con el arma homicida. En ese momento llamaron a la puerta y debió interrumpirse el sacrificio porque era alguien que venía con algún encargo. Los vecinos, cuando se abrió la puerta, vieron al acusado sostener en la mano un pollo que acaba de degollar con el fin de disimular el otro sacrificio que era el que de verdad se proponía llevar a cabo y que hubiera intentado perpetrar después si no es porque, durante ese lapso, dio tiempo a que la noticia de la tentativa de homicidio llegara a la fiscalía. Gracias a eso, se evitó el más horrendo y execrable de los asesinatos. Esto es lo que demostrará la acusación.

El Juez preguntó al abogado de la defensa si deseaba hacer alguna exposición preliminar.

-Sí, Señoría.

El abogado se levantó displicente y, mirando irónico a los miembros del jurado, dijo:

-Esto es una soberana necedad – y volvió a sentarse en su sitio.

En la sala cundieron las primeras risitas y el juez lo llamó al orden a él e hizo callar al público dando golpes de mazo.

Después había comparecido el muchacho como testigo de la acusación.

-¿Le dijo su padre, el acusado, que, por orden de Dios, lo iba a degollar? –le preguntó el fiscal

-¡Qué va! Me dijo que…

-El testigo debe contestar sí o no y abstenerse de comentarios –dijo el fiscal.

-Sí o no –obedeció el testigo.

El juez aguantó la risa pero no así el público que, de momento, se divertía pero no quería que la cosa siguiese por ahí, porque a lo que había ido era precisamente a disfrutar de la truculencia. Bien estaba la risa pero que pasaran sin demasiados preámbulos a las emociones fuertes.

Entre los abogados de ambas partes y el juez se hizo comprender al testigo qué es lo que debía responder y éste dijo finalmente:

-¡No, qué va! ¡Menudo! No sabe usted…

El fiscal lo interrumpió airado:

-Absténgase de comentarios el testigo. Ya ha dicho “no”, es suficiente. Y ahora contésteme: ¿Es cierto o no es cierto que su padre, el acusado, le puso a usted la frente en el suelo, en la postura en que se suelen practicar los sacrificios?

-Es que yo no sé cómo se suelen practicar los sacrificios. Y concretamente a los pollos pues no sé cómo se les puede poner la frente en el suelo para sacrificarlos. En las películas...

-¿Le puso su padre la frente en el suelo?

-Eso sí. Le dio primero una cepillada a la estera, porque teníamos…

-Absténgase de comentarios el testigo y responda sí o no.

-De acuerdo. Me abstendré de…

El fiscal se estaba convirtiendo en un consumado fusilador con la mirada y el testigo, sintiéndose tan fusilado, apretó los labios como para impedirse comentar. Se dice que las miradas no matan pero ya no se sentía él tan seguro de eso.

-¿Es cierto o no es cierto que en su casa tienen una variedad de cuchillos?

-¡Claro! En todas las ca…

Otra mirada mortal de la acusación.

-Sí.

El fiscal dirigió una mirada en torno, como si aquel “sí” demostrara el carácter asesino de todos los cuchillos de la casa del acusado y dio por terminado el interrogatorio, cediendo el testigo a la defensa.

-Ismael ¿te dijo tu papá que había recibido orden de Dios de sacrificarte? –preguntó el abogado.

-Lo que me dijo mi papá es que…

-Contesta sí o no, Ismael.

-Sí o no. O sea, perdón, no. No, no.

-¿Qué te dijo exactamente tu papá?

-Me dijo que tenía un sueño recurrente en el que me sacrificaba como a un cordero pero no figuraba en el sueño que Dios se lo ordenase. Y además los sueños son sueños. Si la gente hiciera en la vida real lo que hace en sueños sería para morirse de risa y…

Ante las protestas del fiscal, el juez nuevamente llamó al orden al testigo para que éste se mantuviera en los síes y en los noes.

La defensa sonreía satisfecha. Aunque se borrara parte de la respuesta, el jurado ya había oído lo que tenía que oír.

-La acusación te ha preguntado si hay muchos cuchillos en vuestra casa. ¿Los suele usar tu papá?

-¡Qué va! ¿No ve que…? No. No, no.

-¿Hizo el día de autos ademán de ir a agarrar algún cuchillo?

-¿Qué dice usted? Mi papá… No. No, no.

-¿Por qué agarró su papá un pollo degollado para salir a abrir a quien llamaba a la puerta?

-Protesto –intervino el fiscal- exige conjetura del testigo.

-Está bien. Preguntaré entonces al testigo: Ismael ¿Viste a tu padre degollar un pollo en el intervalo entre que llamaran a la puerta la primera vez y entre que saliera a abrir?

-¡¿Mi papá degoll… No. No, no.

-¿Qué viste hacer a tu papá entre esa primera llamada y el salir a abrir?

-Pues es que… Sacó un pollito de la heladera porque creía que…

-Lo que creyera el testigo no hace al caso – protestó el fiscal.

-¿Qué más viste hacer a tu papá, Ismael?

-Pues salió a abrir con el pollito en la mano para entregárselo al Sr. Rodríguez Fernández, que era el que creíamos que llamaba a la puerta porque había quedado en pasar a recoger el pollo.

Nuevamente protestó el fiscal y se tachó el testimonio que entrañaba la conjetura del testigo.

-Está bien –dijo el defensor-. La defensa probará este extremo con otro testigo.

Una buena parte de la vista se consumió en los intentos de la acusación de introducir testimonios ajenos a los sucesos ocurridos en California y concernientes a otro caso en el que, al parecer, según fuentes de otros estados, concurrían elementos que se decía coincidían con el caso de California. En ese caso al parecer un padre había tenido un cuchillo en la mano para sacrificar al hijo, llamado Isaac, y sí decía haber recibido órdenes, y no precisamente en sueños, de sacrificarlo. Esas tentativas fueron hábil y expeditivamente rechazadas por el abogado del presunto sacrificador.

Y así y con un juez todavía eufórico, se llegó a la hora del almuerzo, que compartieron el acusado y su hijo con el leguleyo y su fiel secretaria, tan sabuesa como el jefe que, ahora, por enésima vez trataba de localizar por teléfono al testigo al que, mediante la estratagema que habían puesto en marcha, confiaban extraer de las añagazas en que lo había enredado la fiscalía. Ese testigo no era otro que la persona que llamó a la puerta del acusado el día de autos y a la que abrió ese último con un pollo en la mano.

-¿No lo consigues?

-No. Pero todo está saliendo según lo urdimos y, si no es antes, será después, creo que lo tendremos a lo largo del día. La cuestión es si podremos entretener al fiscal el tiempo suficiente sin que nos descabale la defensa.

-Seguro que sí. Pondremos a Ibrahim en el estrado de los testigos y lo interrogaremos hasta que llegue Rodríguez.

-¿Y eso no va a perjudicar a nuestro cliente? El fiscal va a recurrir a todos los trucos para que se incrimine.

-¿Cómo me voy a incriminar si yo no he hecho nada y no manejo el cuchillo ni a la hora de comer? Y con lo viejo que estoy no sé yo de dónde iba a sacar fuerzas para… ¡Ay, calle, calle, señorita secretaria, que sólo de mentarlo me pongo malísimo! ¡Mi Ismaelico de mi alma!

Al decir esto, se le había puesto al Sr. Ibrahim una cara de malestar que daba pena e Ismaelico le agarró y besó la mano haciéndole caricias para que desechara semejantes visiones.

-Que no, papá, no pienses esas cosas. Ya sabes que Dios no está loco. Los hombres, como purititos cencerros pero Dioscito, aunque se le quiera echar el muerto, es la cordura misma, tú lo sabes mejor que nadie. Tú siempre te has fiado de Él. No te tortures, papaíto.

El abogado miró a padre e hijo con complacencia y dijo:

-Hoy día hay mucha fiebre con esto de las ideas religiosas. Pareciera que en cuanto la palabra Dios entra por la puerta, la razón sale por la ventana y eso juega en su contra, señor Ibrahim. Pero no pase cuidado que no veo ningún peligro en el horizonte. El testigo que estamos buscando, es importante pero, aún sin él, no veo cómo podríamos perder el juicio. El único problema es que consigamos terminarlo antes de que vuelva su señora esposa de viaje para que no se lleve un susto de órdago viéndolo a usted acusado

de algo tan espantoso. Si Dios quiere, lo conseguiremos y, si comparece a tiempo el Sr. Rodríguez Fernández, el veredicto podremos tenerlo esta misma tarde.

Al reanudarse la vista después del almuerzo todavía no se tenían noticias del testigo que esperaban y, como había previsto el abogado, hubo que hacer comparecer en el estrado de los testigos al padre sacrificador.

-Usted, señor Ibrahim –dijo el defensor-, entre su gente, goza de la reputación de ser profeta. ¿No es una de de las características de los profetas ser capaces de interpretar sueños?

-Puede ser pero no cuando ellos quieren sino cuando Dios quiere.

-Comprendo. ¿Recibió usted algo que pudiera interpretar como una orden divina de sacrificar, matándolo en ofrenda a Dios, a su hijo Ismael?

-¡Pues no!

-¿Tuvo usted algún sueño en que se le ordenara sacrificar, matándolo, a su hijo Ismael?

-Pues tampoco.

-¡Ah ¿no?! ¿Tuvo usted quizás algún sueño en el que sacrificaba a su hijo Ismael?

-Eso sí. En un sueño lo sacrificaba pero no porque me lo mandara nadie. No sé por qué y si había una causa. Me despierto hecho polvo cada vez que lo tengo y, hasta que no veo a mi Ismaelico vivito y coleando, todo contento, como suele estar él, no dejo de temblar de la impresión.

-Es decir que ¿el sueño ese lo ha tenido más de una vez?

-Pues sí.

-Y ¿cuántas veces ha sacrificado usted a su hijo matándolo después de tener el sueño?

-¡Híjole! ¡Diosito de mi alma! ¡Ninguna vez, señor abogado, no me diga usted eso!

-Es decir, a ver si lo he entendido bien: Usted ha tenido este sueño no una vez, sino varias a lo largo de… ¿cuánto tiempo?

-Pues desde que el Ismaelico era niño hasta ahora… no sé… durante varios años por lo menos... lo he soñado de vez en cuando.

-Y ¿nunca se ha puesto a matarlo?

-¡Híjole no! ¡Ay de mí, señor abogado! ¡Ay de mí! ¿De dónde iba a sacar yo fuerzas para eso? ¡Aaaaaaay…!

¡Agárrate con el señor abogado! Se pasó en la dosis de truculencia. Con ese ¡Aaaaaay! el pobre señor Ibrahim se había desmayado. Ismaelico se alborotó, la sala se emocionó y, más aún, se conmocionó y el fiscal dijo su proverbial:

-Ya sabía yo que el juicio no se iba a acabar sin que el abogado de la defensa recurriera a uno de sus rocambolescas tretas para entorpecer la acción de la justicia. ¡Vaya trapacería, hacer que se le desmaye el reo para no tener que reconocer su delito!

Pero el reo ya volvía en sí y estaba blanco como la cal.

Atentamente, el juez le preguntó si estaba en condiciones de continuar el interrogatorio y el reo asintió.

-¿Niega entonces que en ningún momento tuviera el menor propósito de atentar contra la vida de su hijo? –siguió preguntándole la defensa.

-Pues claro que lo niego y, si me he desmayado, es porque encima de todo lo demás, de repente me he acordado de lo que pensaría y haría la socia si se le muere el Ismaelico. ¿Cómo iba Diosito a hacerle una cosa así a la mamá y sin siquiera avisarla? Cuando iba a nacer el Ismaelico, bien que la avisó, pues ¿no iba a avisarla no más para

decirle que se lo devolviese como si ella no contase en el asunto? Una mamá no es un cero a la izquierda, señor abogado.

Es cierto que el fiscal había protestado por que el testigo soltara su propio discurso pero desistió de continuar en vista de que el público lo iba abuchear de un momento a otro si seguía por ese camino. Para la truculencia ya habría tiempo. Ahora la asistencia estaba en plena fase sensiblera ante las miradas tiernas que se dedicaban padre e hijo y la edificante deferencia de aquel para con la socia.

Al fondo, a espaldas del público, se abrió una de las puertas de la sala y por ella apareció un apuesto caballero de tez cobriza y pelo rubio claro, vestido con sobriedad y elegancia. La secretaria sabuesa, que estaba al acecho, le hizo una seña para que avanzase hacia la mesa de la defensa. Tan pronto el abogado se apercibió de la llegada dio por concluido su interrogatorio y cedió el testigo a la acusación.

-Vamos a ver, señor Ibrahim, usted ha testificado bajo juramento que no usa el cuchillo ni a la hora de comer. Sin embargo, en el registro de su domicilio se encontró abundancia de cuchillos de todos los calibres, bien afilados, en los cajones de la cocina. ¿Es o no es cierto que cuando se dispuso a sacrificar a su hijo cayó en la cuenta de que se le había olvidado sacar el cuchillo y que entonces fueron usted y su hijo a tomar uno de la cocina?

-Pues no. Ni yo me dispuse a sacrificar a nadie como usted dice ni entré a tomar ningún cuchillo.

-Lo cierto es que los cuchillos sí que estaban a su alcance y que podía cogerlos cuando quisiera ¿No es así?

-Pues no. La socia me tiene…

-Limítese a contestar sí o no y no dé ningún parecer si no se le pide.

-Sí o no.

Parecía la consigna del día para las risitas en la sala y para que el fiscal se dirigiera al juez para que éste llamara al orden a los testigos.

-¿Los cuchillos estaban a su alcance o no estaban a su alcance?

-Sí y no.

En el sistema circulatorio del fiscal la pugna por ver qué vena iba a estallarle primero era enconada.

El juez intervino:

-El testigo debe explicar por qué sí podía y por qué al mismo tiempo no podía.

-A sus órdenes, mi señoría. Lo que se me pregunta es como si se pregunta a alguien por qué no se ahogó en el río o en la piscina o en la mar salada estando todo ello a su completo alcance. La respuesta sería que no se ahoga porque no quiere ahogarse, porque le da miedo, porque no sabe lo que puede haber después. Pues lo mismo me pasa a mí con el cuchillo de los cajones, o sea, perdón, con el cajón de los cuchillos, que sí puedo, en teoría, acercarme, abrirlo y tomar uno o más de uno pero me abstengo muy mucho y huyo de ello como del demonio porque la socia me ha reñido no sé cuantas veces porque dice que los mello y que no sé usarlos y que si los que yo uso, después de mí, ya no valen ni para cortar el flan. ¡Que no! Que no me atrevo, que me da miedo y no sé que puede haber después si mello los cuchillos.

La sala acogió con risas la confesión del testigo.

-¿Reconoce, pues, el testigo que lo único que le preocupaba antes de sacrificar a su hijo era lo que pudiera después sucederle a él mismo?

-Protesto señoría -dijo el abogado defensor casi soñoliento- la acusación no pregunta nada sino que está ya pronunciando su alegato.

-Se borrará la pregunta de la acusación – dijo el juez.

-Está bien, está bien –concedió el fiscal y preguntó nuevamente al testigo:

-Cuando salió usted a abrir la puerta a la visita a la que achaca el que abandonara el patio y pasara al interior de la casa llevaba usted un pollo sacrificado. ¿Con qué cuchillo sacrificó el pollo?

-No.

-Eso no contesta a la pregunta.

-Se me dijo que contestara con si o con no. Estoy esforzándome en ello.

En la sala ya no eran risitas lo que se oía sino descaradas carcajadas, que tampoco era para tanto, pero lo truculento no venía y la audiencia estaba empezando a ponerse un poco histérica. Sin embargo, todavía cabía la esperanza de que la sed de sangre no se viera del todo defraudada: el siguiente testigo prometía.

-Este testigo es hostil –se justificó casi apoplético el fiscal-. Pido a la sala que instruya al jurado a este respecto. No tengo más preguntas.

Se sentó airado y se levantó el abogado del reo.

-Pido que comparezca el señor Huitzilopochtli Rodríguez Fernández como testigo de la defensa.

El apuesto caballero de tez cobriza y pelo rubio clarillo que había entrado en la sala un rato antes, a indicación del juez, ocupó el estrado de los testigos. Después de jurar y dar sus particulares, empezó la defensa a preguntarle:

-En este juicio se ha hablado de sueños. Todo el caso gira en torno a la interpretación de un sueño que dice el reo haber tenido recurrentemente. ¿Puede usted, Sr. Rodríguez Fernández, declarar a esta sala sobre su capacidad y titulación en relación con la interpretación de los sueños y dejarle examinar las certificaciones correspondientes?

A juzgar por el grueso de la carpeta que sacó el testigo de la cartera que llevaba y que entregó al alguacil de la sala para que se la pasara al juez, la declaración de sus competencias y la lectura de sus certificados podría durar una eternidad. La alarma cundió entre el público porque la lectura de títulos académicos no suele ser truculenta. Pero no, falsa alarma, el juez se conformó con una cala de la carpeta y con un interrogatorio comedido del testigo sobre ese particular.

-Sr. Rodríguez, ¿cuál fue el motivo de su visita a la casa del acusado en el día de autos? –inició el abogado defensor el interrogatorio.

-El Señor Profeta Ibrahim me había consultado la semana anterior sobre un sueño que lo traía a mal traer porque concernía a su hijito Ismael y que él mismo ni conseguía ni se atrevía a interpretar porque, siendo algo que le tocaba tan de cerca, temía no tener la necesaria distancia terapéutica y, en lugar de ayudarse a sí mismo, conseguir justo lo contrario. Ya saben ustedes lo de “médico, si te curas a ti mismo, date por muerto” o de “en casa del herrero cuchillo de palo” o “consejos vendo para mí no tengo”. No se moleste el fiscal en protestar que ya me callo.

Sí, eso iba a hacer el fiscal pero Huitzilopochtli le cortó el vuelo a tiempo y la defensa pasó a la siguiente pregunta.

-¿Era la primera vez que le consultaba el acusado?

-Oficialmente sí.

-¿Y sin ser oficialmente?

-Sin ser oficialmente, los dos solemos participar en las reuniones de “Profetas de todos los países, uníos”, que es una convocatoria semestral informal donde acude mucho desequilibrado. Ya sabe usted la cantidad de loco suelto que hay en California. Y fuera de California lo que abunda son los dementes desatados. No sé cual es peor… No se moleste usted en protestar, Sr. Fiscal que ya he terminado el inciso. Pues, digo, a esas convocatorias acude aparte de los dichos, algún que otro profeta, profesionales de la antropología, la sicoterapia, las profesiones forenses, lo paranormal y todo eso. Ya

saben: new age, saberes ocultos o cultos saberes o pura gana de morbo, como lo mío. Yo voy por el morbo. Entonces, mientras los dos estábamos allí oteando el panorama, me dijo el Sr. Profeta Ibrahim que sabía de mis conocimientos en cuestión de sueños porque, aunque yo nunca hablaba de ello y en las reuniones hablaba de otras cosas, morbosas, por supuesto, su hijo, como suelen hacer todos los hijos, había hecho sus averiguaciones por internet y me había recomendado y que él, Ibrahim, quería saber si yo lo podría ayudar. Y así es como quedamos en que yo acudiría a su casa para entender en el asunto.

-Y ¿puede explicar a la sala por qué, además del Sr. Ibrahim, también salió a abrirle a usted la puerta un pollo degollado?

-Por supuesto que puedo. Pero aclaro que el pollo no abrió ninguna puerta, que todo lo hizo el Sr. Profeta Ibrahim y, además, disputo que el pollo estuviera degollado, porque de semejante cosa no tuve oportunidad de cerciorarme ni me importaba un comino. Muerto y desplumado y como que ya no soñaría mucho en este mundo me parecía. Más no me atrevo a decir.

-Pero ¿sabe el motivo de que el Sr. Profeta Ibrahim, lo acogiera a usted pollo en mano?

-Pues sí. De las reuniones de “Profetas de todos los países uníos” ya le había notado yo y él me había comentado que tenía tanta vida interior que, como no se atara algo a la muñeca o tuviera las cosas delante, y aun así, podía olvidársele hasta respirar, de modo que quería darme el pollo antes de nada porque capaz que yo también, que cuando me meto en sueños me olvido de todo, tampoco me acordara de llevármelo. De modo que fue con el pollo por delante para que no se me olvidase. Yo lo metí en la mochila y luego vinieron los pinches alguaciles a detener al Sr. Profeta, que ya hace falta salvajismo, vamos, ni que estuviéramos en plena Inquisición, y me confiscaron la mochila con pollo y todo y todavía no se me ha devuelto y, claro, ni quiero que se me devuelva, porque seguro que me dan gato por liebre. Que este pollo era cebado a puro maíz, que por eso se lo había pedido yo al Ibrahim, que tiene quien le surte a él por lo visto con toda garantía, y no estoy por la labor de comerme un pollo de origen desconocido y pasado por la fiscalía. ¡De escándalo!

Fuerza es aclarar que, entre las habilitaciones del testigo también figuraba la de hipnotizador. Sólo así se explicaba el silencio del fiscal durante todo su parlamento. Eran ojos de serpiente los que había en aquella cara cobriza bajo aquel cabello hirsuto y rubio pajizo. Era de creer que no había necesitado ni estudiar. Que sólo con aquellos ojos podía hipnotizar a voluntad. Aquella mirada traspasaba las mentes. Menos mal que no era lascivo, sólo morboso.

-Y ¿le indicó el reo en cualquiera de las conversaciones de ustedes dos que ese sueño implicaba una orden de que sacrificase a su hijo matándolo?

-¡Hala! ¡Qué barbaridad! Si se le hubiera ocurrido semejante idea ya habría estirado la pata del susto. Claro que no me dijo nada de ese cariz ni, como digo, concibo que se le pasara por la cabeza desde el punto de vista médico. Le hubiera dado un telele que lo hubiera mudado de universo tangible ahí no más. Pero y ¿cómo se pueden cavilar cosas así? ¿Qué pasa, que ahora hacen rebajas en la gasolina por decir pendejadas?

¿También el juez estaba hipnotizado? No. Sencillamente estaba ya aburrido y veía avanzar las manillas del reloj y quería prepararse un poco la partida. ¡Caray! ¡Que era Kasparov! ¡Que no iba a conseguir una ocasión así de histórica en su vida! No, no estaba dispuesto a echar chinitas en el desarrollo del juicio.

-Y desde aquel día hasta hoy ¿ha podido usted determinar el alcance del sueño del reo, es decir, ha interpretado usted ese sueño? –seguía interrogando el abogado.

-Sí y sólo me explico que el reo no lo hiciera él mismo por la cercanía esa de que he hablado porque en sí es muy sencillo. Todos los seres humanos debemos sacrificar a nuestros hijos, si somos creyentes, claro, que lo somos todos pero somos tan pendejos que ni nos damos cuenta y, en lugar de creernos creyentes, nos creemos listos. Mientras los hijos son pequeños, son nuestros, porque son nuestro cuidado, nuestra responsabilidad, es preciso que sean nuestros para que nos interese cuidarlos en todo, debidamente, como auténticos masoquistas. Cuando se hacen mayores dejan de ser nuestros para ser, como nosotros mismos, de la divinidad, lo cual está muy bien porque, si es malo aguantar a niños, aguantar a mayores es un disparate. Pues eso, que, para el creyente, todo, todito, es de la divinidad, todos somos de Dios. El Sr. Profeta Ibrahim tuvo un hijito ya viejo, su esposa vieja. Su hijo es su tesoro, su milagro, pero él también tendría que dar su hijo a Dios, como todos y, habiendo sido un niño tan deseado, tan bueno, que es lo que se ve a primera vista y creo que a segunda también, pues se entiende que al papá se le hiciera más temible la renuncia. Pero, por otra parte, cuando renunciamos a ellos es cuando verdaderamente se convierten en nuestros hijos, en nuestros sucesores, es la renuncia lo que los hace sucesores nuestros. En este caso, significa o puede significar que la misión de profeta que ha desempeñado el Sr. Ibrahim pueda también desempeñarla su hijo. Si todos somos de Dios, un profeta es más de Dios que nadie, que para eso no le pagan. Y, por tanto, cuando me dijo el Sr. Profeta Ibrahim que había sentido que Dios le decía que ya había cumplido su sueño, yo sé que el Señor Ibrahim ya había hecho entrega de su hijo a la divinidad, de la misma manera que él mismo se entregó a Dios. El Sr. Ibrahim, que yo sepa, nunca se ha suicidado como tampoco ha matado a su hijo, pero ha renunciado a sí mismo en favor del amor divino y ha llevado a su hijo de la mano para que renuncie de igual manera. No me explico que este señor esté aquí de reo. Ni que estuviéramos en plena Inquisición. Es incomprensible y un atentado a la Consitución.

-He terminado. Puede la acusación interrogar al testigo –dijo el letrado sentándose a la mesa de la defensa.

El fiscal, como si despertara de un profundo sueño y recordara de repente que se hallaba en medio de una batalla, se encaró aguerridamente con el testigo, dirigiéndole una mirada que era toda una acusación a su manera de peinarse, su manera de vestir, su manera de hablar, su manera de llamarse:

-¿Desde cuándo se llama usted Huitzilopochtli?

-Desde hace un par de años.

-Y ¿cómo se llamaba antes de eso?

-Fernando.

-Y ¿de qué color tenía el pelo cuando se llamaba Fernando?

-Negro, negro como un agujero negro.

Esto lo decía el testigo clavando en el fiscal aquellos ojos que seguían siendo negros y que traspasaban mentes y hasta podría creerse que los metales. Pero esta vez no hipnotizaba al fiscal, más bien lo desafiaba a muerte y a morbo.

-Y ¿cómo es que ahora es rubio?

-Pintado, Sr. fiscal, pintado. No es el mío natural. Agua oxigenada, peróxido de hidrógeno, la cosmética de los brutos.

-Es decir, usted empezó a pintarse el pelo al mismo tiempo más o menos en que dejó de llamarse Fernando. ¿Es así?

-Así es, Sr. Fiscal.

-En la mitología azteca ¿no es cierto que se considera a Huitzilopochtli como un dios solar?

-¿Mitología, Sr. Fiscal? Bueno, lo dejaré pasar para no alargar el juicio en atención al Sr. Profeta Ibrahim. ¿Quiere decir el Sr. Fiscal solar de suelo o solar de sol?

¡Qué ganas de darle un sopapo al testigo se adivinaban en la cara del fiscal!

-Solar de sol –aclaró.

-Eso se dice pero, claro, siempre en estas categorizaciones se pierde el contenido esencial de los significados. Desde el punto de vista intelectual resulta lastimoso hablar a ese nivel pero sea. Diré meramente que lo solar no va del sol a Huitzilopochtli, sino de Huitzilopochtli al sol.

-Pero el sol, todos sabemos, visto desde el punto de vista de los humanos corrientes, es amarillo, casi siempre y predominantemente amarillo, como el color del que se pinta el pelo el testigo ¿no es cierto?

-Sí, el testigo y muchas viejas en cuanto les salen canas.

-¿Le salen canas al testigo?

¡Huy, huy, huy, huy, huy! Menos mal que el defensor atajó el peligro levantándose como el rayo y sujetando al testigo antes de que le sacara los ojos al fiscal y no con los suyos traspasadores de metales sino con las meras manos. Al mismo tiempo pedía la defensa que se retirara la pregunta y se borrara de las actas. Y así lo ordenó el juez.

-¡Mi pelo es mío y si el señor fiscal quiere tomar el pelo a alguien que se lo tome a su viejo…!

-Cálmese, Huitzilopochtli, que su testimonio hasta ahora está siendo excelente –le susurraba el abogado defensor , mientras lo retenía.

-¡Orden, orden! –maceaba el juez.

-Perdón, señor Juez, pido perdón a la sala y a los jurados, pero llevo muy a mal que se me hagan insinuaciones racistas y machistas. Los varones tenemos derecho a tener canas también y a pintarnos el pelo. Lo que ha dicho el señor fiscal es un desacato a la Constitución. A ver si va a resultar que sí que estamos en plena Inquisición.

-Sí pero ya se ha suprimido la pregunta y el orden en la sala es de mi competencia, no de la del testigo. No le toleraré otro desacato (éste va a terminar haciéndome dar plantón a Kasparov. Hay que fastidiarse con los rubios).

Huitzilopochtli asintió con la cabeza a la reconvención del juez, mostrando tanta compunción como era capaz, que no era mucha. Continuó el fiscal:

-Bien, quedamos en que Huitzilopochtli es un dios solar y en que lo rubio es asimismo un atributo que se relaciona con el sol. Cuando el testigo se cambió el nombre por el de Huitzilopochtli ¿sabía el testigo que a ese dios se le ofrecían sacrificios humanos?

-Claro, que lo sabía. El que creo que no lo sabía era el fiscal antes de preparar este juicio. Eso es más viejo que el respirar por la nariz.

El juez empezó a soltar mazazos sin dejar que se oyera la protesta del fiscal. Como eso siguiera así, adiós a su sublime cita con Kasparov y, si eso sucedía, el que iba a comparecer como reo de asesinato no tardando mucho sería él.

-Y ¿no es cierto que el testigo, por esas fechas, empezó a frecuentar la compañía de grupos interesados en resucitar el culto satánico antiguo y que van detrás de restablecer los sacrificios humanos y que, cuando el acusado se juntó con él, ambos decidieron que era esa una buena oportunidad de empezar a practicar esos sacrificios en plan casero para luego pasar a mayores?

La defensa protestó, el juez admitió la protesta y el fiscal modificó la pregunta.

-¿Por qué decidió el testigo de repente llamarse Huitzilopochtli y pintarse el pelo de agua oxigenada? –para sus adentros añadió “el muy maricón” mientras movía la cabeza críticamente.

El testigo, dirigiéndose al jurado, compuesto mayoritariamente por mujeres, y sin mirar al fiscal, contestó:

-Fue una cuestión de sentido común y de respeto a la sagrada institución del matrimonio. Mi esposa estaba exasperada conmigo y yo con ella. Los dos estamos en la edad de las espantadas, yo veía el peligro y quise desesperarla por cosas que yo pudiera remediar y no por cosas que yo no pudiera remediar. Que soy un vanidoso inaguantable no tiene remedio, que ya no voy para joven y me salen canas tampoco tiene remedio, que ya son muchos años y nos aburrimos lo suyo tampoco tiene remedio, en cambio, el pintarme el pelo y el llamarme Huitzilopochtli y decir fantasmadas, como lo del culto sangriento y el llevar cuchillos de pedernal para aquí y para allá pues son cosas que sí tienen remedio y que la hacen enojarse de lo lindo, con lo cual disputamos, peleamos, nos llamamos cosas, rompemos alguna también y el pelear es una cosa muy bonita y que da mucha vida a la convivencia. Nadie se ha dejado nunca de querer por pelearse y sí por lo contrario. Lo primero que se me ocurrió cuando empezó la crisis fue ponerle los cuernos, pero los divorcios son una cosa carísima y luego qué: ¿me quedo sin ella y me veo con una pinche pendeja cualquiera cuando lo único que yo quería era superar la crisis y derrotar a las hormonas locas, no arruinarme ni verme liado con la primera idiota surgida en el horizonte? Pues yo estoy contentísimo con llamarme Huitzilopochtli y se lo aconsejo a todo el mundo. Ya con que te llame la mujer por ese nombre la tienes ocupada todo el día y no le da tiempo a ponerte cuernos a ti. Tengo verdadera obsesión con estas cosas.

Durante toda esta respuesta del testigo, el fiscal lo había mirado condescendiente y pensando para sus adentros que a ver si ese idiota no podía pasar sus ratitos extramatrimoniales en un club discreto como lo hacía él mismo y como lo hacía cualquier adúltero decente en lugar de montar numeritos ridículos con pelambreras y cuchillos. Y una vez finalizado el edificante parlamento de Huitzilopochtli sobre la estabilidad matrimonial, a lo que sí se disponía el fiscal era a abalanzarse y cargar las tintas sobre los cultos sanguinarios y los cuchillos rituales pero en las caras de los jurados, como ya queda dicho, con mayoría de mujeres, después de la arenga y confesión de inocencia conyugal que había hecho Huitzilopochtli, se leía que ya tenían decidido el veredicto. Y el juez no lo iba a cambiar porque tenía prisa. Claro, corría el riesgo de no volver a pillar a Kasparov en su vida con que, sin consideración para sañas de fiscal ni para ninguna otra cosa, cortó por lo sano, o sea, cortó la palabra a diestro y siniestro y dejó el caso visto para sentencia a escape. El público se quedó con la miel en los labios y sin probarla. Lo truculento, los cuchillos de pedernal, los corazones arrancados, los niños degollados y el suelo de los patios proféticos perdidos de sangre infantil no se materializaron. Iban a tener que pasarse al otro caso que daba que hablar fuera de California.

En cambio, el campo de la defensa quedó muy satisfecho. El jurado pronunció veredicto de no culpable y sólo una sombra pendió sobre el éxito de la jornada. Una sombra que, cosas de la vida, para el público, resultaba ser lo prometedor. El abogado la evocó cuando a la cena se sentaron los cuatro que habían estado al mediodía más Huitzilopochtli y su esposa. Dijo el sabueso leguleyo:

-Sr. Ibrahim, ni se le ocurra en lo venidero salir de California. Aquí ya lo han juzgado por este delito y está a salvo pero como asome las narices fuera, los dementes desatados le van a caer encima acusándolo del intento de asesinato de su hijo Isaac.

-Pues no más, mi cuate, no salga de California –dijo Huitzilopochtli- ¿Qué se le ha perdido a usted con todos esos pendejos de ahí fuera? Además, le voy a decir, Sr. Profeta Ibrahim, que a mí se me ha aparecido en un sueño que usted y yo vamos a revivir la profecía universal y a escribir un libro de los que hacen época sobre los sueños

y los sacrificios. Con la venia divina, el mundo nos escuchará Sr. Profeta Ibrahim. Y ¿cómo consigue usted que se le mellen los cuchillos? Me parece increíble. Yo cada vez que pruebo me meto unos cortes de agárrate y no te menees… Como si me hubiera cogido por banda la Inquisición…

Huitzilopochtli, decididamente, sentía admiración por el Sr. Ibrahim, que, además, llevaba lo suyo sin divorciarse ¡Híjole, qué cuate! ¿Sería Ibrahim el nombre que se puso para salvar la crisis del encanecimiento y el sueño con el sacrificio el equivalente del agua oxigenada? Podría ser.